

## **El jardín de los mil girasoles de Isabel por Mariangel Blanco.**

Isabel amaba los girasoles por su intensa búsqueda de luz, pero odiaba el sol. Cada vez que alguien o algo le rompía el corazón primero miraba el atardecer y plantaba un girasol en el jardín de su casa, aunque al principio solo fueron diez girasoles ya cuando había alcanzado la mayoría de edad, Isabel guardaba en su jardín centenares de girasoles, todas mirando hacia el sol mientras ella se escondía en la sombra de su casa.

A Isabel no le agradaba el sol, cada vez que tenía contacto con él se quemaba haciéndole daño en la piel, con quemaduras que tardaban días en curarse y con lágrimas en sus ojos por no ser capaz de soportar el dolor que le producía quemarse; a Isabel no le gustaba el sol, pero le gustaba ver a sus girasoles crecer mientras ellas buscaban esa intensa luz sin ninguna quemadura o daño en sus hermosos pétalos.

La primera vez que plantó un girasol fue cuando se dio cuenta que el amor de un padre no era incondicional, la segunda vez que plantó uno fue cuando entendió que las personas que ella quería no duraban para siempre en este mundo, y así, mientras iba creciendo Isabel se dio cuenta que el jardín le iba a quedar pequeño por todos los girasoles que tendría que plantar a lo largo de su vida.

Isabel le tenía miedo a la lluvia, cada vez que llovía pensaba que sus girasoles se iban a ahogar y que lo único que quedarían de ellas sería el vago recuerdo de lo hermosas y vivas que eran esas flores, Isabel se escondía de la lluvia al igual que el sol porque sentía que se asfixiaría junto con sus girasoles e iba ser olvidada.

El girasol más importante para ella fue el número cien, el día que lo plantó estaba nublado, no iba a llover, pero el sol no iba a aparecer; alguien le había roto el corazón de manera intencional y aunque estaba acostumbrada a plantar girasoles por cada corazón roto, ese le dolió más que cualquier otro, porque entendió que la gente puede dañar a otros sin tener una pizca de culpa mientras que las que eran dañadas tenían que vivir con un mal recuerdo que esperaban olvidarse en una simple copa de vino.

Ese día Isabel terminó de odiar al sol, se supone que ayudaba que sus girasoles crecieran, ¿Por qué no le ayudaba a ella también? ¿Por qué algo que ayudaba a los demás la lastimaba a ella? Caprichosa y terca Isabel intentó estar debajo del sol, pero se arrepintió al instante ¿Alguien no había muerto por intentar volar cerca de él?

El girasol número mil fue el más duro de asimilar, Isabel estaba muy segura había plantado esa flor porque ella misma se rompió el corazón esa vez, pero era imposible no hacerlo cuando sus pensamientos eran un abismo de malos futuros y sueños ya oxidados que al igual que ella, habían perdido una dirección, nunca iban hacia adelante y mientras más lo pensaba consideraba que retrocedía diez pasos más, hundiéndose junto con esas vacías palabras de ánimo que intentaba darse.

Isabel ya cansada decidió armar sus maletas y marcharse lejos de ese maldito jardín lleno de girasoles, quería olvidarse de ellas y ser ella la que pudiera acercarse al sol sin ser lastimada, pensó que esa era su oportunidad de ser uno de esos girasoles.

Pero Isabel regresó al jardín derrotada con la intención de plantar su girasol número mil uno, ya no quería plantar más girasoles; el sol le había quemado lo suficiente para sentir amargura y rabia sobre esas asquerosas flores, enloquecida, Isabel decidió prenderles fuego para no tenerlas que ver jamás en su vida. Y así, el jardín de los mil girasoles estaba cubierta en llamas mientras que la causante solo se dedicó a maldecir por su mala suerte o su probable atracción hacia las malas decisiones.

Hasta que la lluvia apareció, llevándose las llamas y los corajes de Isabel; por primera vez en toda su vida decidió tocar ella misma la lluvia, y lloró.

Volvió a ser la niña que le tenía miedo a la soledad y al fracaso.

Volvió a ser la adolescente que se sentía desubicada e incomprendida.

Regresó a ser la adulta que quería llorar, pero no podía porque se supone que las personas grandes no hacían eso.

Cuando los pulmones le dolieron de tanto llorar y sacó todo lo que había guardado por tantos años comprendió que la lluvia no era tan mala, y que la única que podía hacerle daño era ella misma con esos pensamientos tan pesimistas.

Con un jardín hecho cenizas y una Isabel empapada por la lluvia pequeños rayos se asomaban de manera incandescente, ya no habían girasoles que saludaran al sol en búsqueda de su luz pero Isabel todavía seguía ahí, decidió prender un cigarrillo mientras esperaba su llegada y pensó que ella no era un girasol, que el sol la podía quemar pero no por eso se iba a morir, que la lluvia era temible pero era necesaria y que las flores simplemente no sentían, ella sí y el hecho de sentir no estaba mal en absoluto.

Cuando terminó de salir el sol sintió por primera vez calidez, esa calidez que tanto envidió por años le estaba acariciando la cara dulcemente, se terminó de limpiar las lágrimas que le habían quedado, se levantó de un jardín lleno de cenizas, se sacudió el polvo y pensó:

*Mañana limpiaré todo esto para plantar otro girasol.*